

## CAPITULO XXXVI.

### Ansiedad y placer.

Nuestros lectores que han visto en el capítulo anterior la ansiedad con que aguardaban la condesa y sus hijas una señal que les anunciase la llegada de César, comprenderán su viva alegría al escuchar el sonido argentino del silbato que por tres veces hizo vibrar el conde entre sus lábios.

— ¡Ya está ahí!... ¡Él es! ¡hijo mio! —gritó con transporte la condesa, elevando sus brazos y sus miradas al risco como si ya le viera aparecer en su altura, cuando aun la escala estaba suspendida por el lado interior.

— ¡César!...

— ¡Patricio!...

Esclamaron simultáneamente Matilde y Mauricia corriendo detrás de la condesa á situarse debajo del *Pico de las Aguilas*, á fin de estar más cerca para poder estrechar entre sus brazos al gallardo jóven causa de toda su emocion.

Leon se hallaba en lo último del valle y corrió como un relámpago al escuchar el primer silbido; pero cuando sonó el último dijo soltando la escala que tenia en la mano dispuesta ya para arrojarla al otro lado:

—Ese que toca no es mi capitan, conozco muy bien su modo de llamar.

—¡Qué dices!... ¿Y quién sino él sabria venir aquí?—esclamó la condesa.

—Quizá nos hayan vendido y quieran sorprender esta guarida las tropas de la Reina.

—Eso sería una nueva fatalidad;—esclamaron consternadas las tres damas.

—Pero el señorito, ¿no dá siempre tres silbidos para que Vd. le arroje la escala?—preguntó Andrea.

—Sí, señora; dá tres silbidos con mucho brio, y sin más intervalo de uno á otro que el tiempo preciso para quitarse y volverse á poner el pito en la boca.

—Mira, Leon, pues arroja la escala ó sube tú á ver quién es, porque esta incertidumbre es horrorosa: pudiera ser que él, viéndose en peligro, haya tenido que avisarnos y mande un mensajero; con que sube, ó subo yo: no perdamos tiempo;—esclamó la condesa.

—Obedezco, señora; mi único deseo es complacer á V. E.—dijo el criado, empezando á subir.

En aquel momento se repitió la señal, el que llamaba debia tener prisa, porque los silbidos fueron más rápidos.

Leon subió más de prisa, y las señoras llenas de angustia y de ansiedad elevaban las manos y los ojos al cielo en ademan de súplica, aguardando con viva impaciencia el término de aquella penosa escena.

Cuando estuvo en lo alto avanzó la cabeza con precaucion, escondiéndola entre la yerba que crecia en las grietas del risco, y lo primero que vió fué el caballo de César, y luego á un caballero anciano que le sujetaba por la brida.

—¡Oh, Dios mio!—murmuró el fiel criado.—Ese hombre tiene el pito y el caballo de mi amo: luego él debe haber muerto ó estar gravemente herido, pues solo por

una causa muy poderosa se desprende de los dos objetos que más necesita.

Esta idea le alarmó en extremo, y decidido á enterarse de la verdad antes de comunicársela á las señoras, se sentó en el risco, tiró de la escala hácia sí, á fin de evitar que ellas subieran queriendo enterarse por sí mismas, y luego, inclinándose cuanto pudo hácia el otro lado, llamó la atención del anciano por medio de un silbido.

El conde no tardó en distinguirle, y sin darle lugar á que le hablase, gritó él desde abajo y con suma impaciencia :

—Echadme pronto la escala, que está esto inundado de cristinos.

Empero su voz era demasiado débil y la distancia que los separaba grande, y Leon no le oyó: preguntábase tambien por su parte; mas ni uno ni otro se entendian.

Entonces, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, y conociendo el fiel criado que aquel caballero era un enviado de su amo, le echó sin vacilar la escala, quedándose allí para preguntarle cuando subiese.

En tanto, tendió su vista por los alrededores. Descubriase desde el *Pico de las Aguilas* una gran porcion de terreno, y Leon pudo convencerse por sus propios ojos de que los montes se hallaban cuajados de soldados. Veiase un destacamento aquí, otro más allá, otro escondido en el fondo de un valle, y otros muchos grupos que se ocultaban en los matorrales. Mientras que los facciosos, diseminados por el monte, permanecian en sus escondites sin reunirse, acaso porque les faltaba su jefe.

—Amigo, dame una mano, — exclamó el conde, ya muy cerca de Leon; — me faltan las fuerzas para concluir esta difícil ascension.

—¿Quién es Vd.? ¿Qué ha sido del Solitario?... — fueron

las primeras preguntas que hizo Leon al conde, ayudándole á subir.

—Soy el conde de Guayaquil; vengo á buscar á mi esposa y á mi hija que están aquí.

—¿Pero y él? ¿Dónde está? Vd. tiene su pito de plata, el que le sirve para dar órdenes, para reunir á sus facciosos, para pedir auxilio, para todo, en fin; este es un objeto de tanto precio para el Solitario, que solo en un caso de muerte se desprende de él. Luego tambien su caballo se ha traído Vd., otro indicio fatal, porque sin ese caballo, mi amo no puede subir á los riscos ni atravesar los rios ni cruzar los barrancos, por manera que al traerse Vd. esos dos objetos de salvacion, y estando como están estos montes inundados de tropas de la Reina, el Solitario debe haber muerto, ¿no es verdad?

Leon hablaba con una vehemencia espantosa; sus ojos chispeaban, y el dolor que sentia por la pérdida de su amo le ponía loco.

El conde al escucharle se quedó trémulo, aterrado, conoció el enorme sacrificio que habia hecho su hijo, y se estremeció lleno de angustia, comprendiendo el inminente peligro que corria al hallarse perseguido, solo, sin su caballo, y sin sus tropas.

—¿Pero Vd. no me contesta? Dígame pronto que ha sido de mi querido amo. ¿Dónde está? Porque aunque sea su cadáver quiero verle y abrazarle.

—¿Tanto le quiere Vd.?—murmuró conmovido el conde.

—Más que á mi propia vida: es el hombre más generoso, más grande y más noble, que vive sobre la tierra, si es que no ha muerto.

—No ha muerto, no: acabo de dejarle sano y salvo hace media hora.

—¿Y cómo se ha desprendido de su pito y de su caballo?

—Por salvarme á mi; él debe permanecer escondido

en esos riscos de la derecha, donde subió á reunirse con sus compañeros.

—¿Y Vd., quién es que tanto ha merecido de su bondad?

—Ya lo he dicho: el conde de Guayaquil.

—No puede ser; mi amo aborrece á ese conde y no haria en su obsequio un sacrificio tan grande.

—¡Bien, pues soy su padre!... ¡Qué me importa que lo sepas, si tanto le amas!... Corre, apresúrate á buscarle y llévale su pito y su caballo antes que sea tarde, y dile que en este valle le aguarda la felicidad, que no esponga su vida inútilmente y que venga pronto á refugiarse en nuestros brazos.

—Ya comprendia yo que Vd. debía tocarle muy de cerca; deme Vd. el pito, y adios, señor; ahí abajo quedan las señoras, esperándole con impaciencia: adios.

Leon, despues de haber dirijido una última mirada á los campos, enterándose perfectamente de la posicion que ocupaban las tropas de la Reina y del número á que ascendian poco más ó menos, bajó al valle, hizo seña al conde para que subiese la escala, y montando en el caballo de su amo, se lanzó á escape á través de las cañadas é impracticables senderos que formaba el camino.

La condesa reconoció en seguida al conde así que le vió en lo alto del risco; y entre conmovida y temblorosa, aguardó á que bajase medio caída en los brazos de las niñas.

No podian escuchar la conversacion que sostenian por lo elevados que estaban; y al verlos permanecer allí, creyeron desde luego que aguardaban á César, teniendo un verdadero pesar al convencerse de su error, viendo que Leon se marchó sin decir una palabra, y que el conde, recojiendo la escala, la arrojaba por el lado interior del risco, disponiéndose á bajar.

— ¡No viene César! ¡Oh! ¡Qué le habrá sucedido!—  
esclamó Matilde con desconsuelo.

— ¡Dios mio, y es verdad! Pero el conde nos lo dirá;—  
dijo la condesa, venciendo su emocion para acercarse á  
su marido, llena de temor.

Habia sido para con ella siempre tan hósco, tan duro,  
que la infeliz temia sufrir una nueva repulsa. Gravemente  
herida en su amor propio, en su dignidad de esposa y  
de mujer, no se atrevió á ser la primera en abrir los  
brazos, contentándose con fijar sus hermosos ojos, llenos  
de lágrimas, en el padre de sus hijos.

Este, apenas puso el pié en la última cuerda de la  
escala, se abalanzó hácia su esposa y su hija, confun-  
diéndolas en un mismo abrazo, y esclamando, trémulo  
por la emocion y por el llanto:

— ¡Hija querida!... ¡Esposa mia!...

No pudo decir más: cerró los ojos, estrechándolas  
sobre su corazon, y se desmayó. Era mucho lo que habia  
sufrido, muchas sus emociones, sus dolores y grande su  
debilidad para resistir. El instinto de conservacion le  
sostuvo hasta entonces; y el deseo vehemente de hallar-  
se entre su mujer y sus hijos, le permitieron llegar  
hasta el valle: encontrándose ya en sus brazos, dejó  
de trabajar aquel espíritu fuerte y perseverante, cun-  
diendo el mal en su naturaleza, tan dolorosamente  
combatida.

— ¡Oh, la emocion le ha hecho desmayarse! — dijo  
Mauricia.

Luego vió que su madre estaba á punto de suce-  
derle lo mismo; y con una mirada de angustiosa ansie-  
dad, más bien que con la voz, llamó en su auxilio á  
Matilde, Andrea y Flor de Romero, que contemplaban  
enternecidas aquella escena.

Entre todas, y con mucho trabajo, fué trasladado el  
conde á la cabaña y acostado en la cómoda y hermosa

cama de pieles, que servia para que César descansase las pocas veces que se acostaba en el valle.

Efigenia se sentó á su lado, apoderándose de una de sus manos, que cubria de apasionados besos; Mauricia se apoderó de la otra, y Andrea y Matilde acudian á los dos esposos, prodigándoles sus auxilios y los consuelos de sus palabras, dulces y amorosas.

Cuando el conde empezó á dar señales de vida, Mauricia tenia en la mano una taza de caldo con unas gotas de vino, que Andrea le dió, ocupándose esta en hacer que la condesa tomase otra.

—¡Vamos! — la decia suplicando la buena nodriza. — ¡Para tomar fuerzas! ¡Si se nos vá Vd. á desmayar en los brazos! ¡Es un caldo muy rico, de gallina solo! ¡Como que aquí no tenemos más carne que las aves!

Efigenia bebió un poco, sintiéndose más reanimada, y rechazó suavemente la taza.

—¡Gracias, Andrea! ¡No quiero más! — exclamó con voz débil.

Sin embargo, el sonido de su argentino timbre resonó en el oido del conde, que abrió los ojos, volviendo en sí por completo, y los fijó en ambas con amorosa ternura. Reunió las dos manos que estrechaban las suyas sobre su pecho; luego tendió los brazos, atrayendo las cabezas de ambas sobre su corazon, y besándolas, y llorando los tres, permanecieron largo rato abrazados.

La gruesa voz de la nodriza les sacó de su enajenamiento.

—¡Pero que se enfria el caldo! — decia. — ¡Es preciso que este caballero fortalezca un poco el estómago; si nó, se nos volverá á desmayar!

—Tienes razon, — dijo la condesa desprendiéndose con pena de aquel pecho querido para tomar la taza, que de las manos de Mauricia fué á las de Andrea, y de las de ésta á las suyas.

—¿Y César, padre mio? ¿Dónde le ha dejado Vd.?—  
esclamó Mauricia, recobrando por fin el uso de la voz  
que le embargaba la emoción.

—¿Dónde está nuestro hijo querido? ¿Qué ha sido de  
él?— añadió la condesa.—Porque ya sabrás que el Soli-  
tario es tu hijo, es nuestro Patricio, que el infame de  
Pedro Gil nos robó de la cuna porque el suyo disfrutase  
ámpliamente de las primicias que debia concederle su  
rango y su posicion como primogénito.

—No tengo pormenores de ese horrible misterio que  
ha causado nuestra desgracia y la de estos infelices;  
únicamente sé que tenemos dos hijos, Patricio y Filome-  
na, siendo ellos los únicos que el Señor nos ha concedido:  
por lo tanto, vamos á disfrutar de esta dicha, sin entrar  
en esplicaciones por ahora.

—Pero ¿y Patricio? ¿No ves con qué ansiedad aguar-  
damos tu respuesta? ¿Qué ha sido de él?

—No lo sé: le dejé bueno y sano; pero tenia que reunir  
sus tropas, y me dejó. Su criado ha ido á buscarle y nos  
traerá noticias suyas.

—¡Nunca ha de ser una satisfaccion completa!—escla-  
mó Efigenia con dolorosa tristeza.

—Pero ¿y el caldo? ¿Vamos, ya está casi frio!  
¿Traigo otro?—interrogó Andrea.

—Venga; necesito reponer mis fuerzas para ir á re-  
unirme con mi hijo, —dijo el conde tomando la taza y  
continuando la conversacion.

Durante esta escena, Matilde habia desaparecido de  
la cabaña: apenas escuchó que César fué á reunirse  
con sus facciosos, se dirigió al *Pico de las Aguilas*, tre-  
pando por la escala hasta su elevada cúspide con ánimo  
de observar desde allí lo que ocurría en los montes  
circunvecinos.

Varias descargas se dejaron oír á lo lejos, que reso-  
naron en el corazon de la pobre niña, presa de una agonía



mortal. Vió muchos soldados de la Reina reunidos, y vió dispersos de aquí para allí á los facciosos, que distinguia por las boinas blancas y encarnadas.

¡ Ay! Temblaba por unos y por otros: entre los primeros se figuraba ver combatir á su padre y á su hermano; entre los segundos á su amante, al hombre único en el mundo que podia hacerla feliz.

Sus ojos, con ansiedad manifiesta, vagaban de unos en otros; su atribulado ánimo les seguia, y su calenturienta imaginacion comenzaba á exaltarse hasta el delirio, viendo los cuerpos ensangrentados de las personas que más amaba, tendidos en los campos, pisoteados y destrozados por los caballos de unos y de otros combatientes.

De repente escuchó el crujir de muchas armas, el ruido de caballos que llegaron á situarse á unos cien pasos del *Pico de las Aguilas*.

Un grupo de facciosos y cristinos se presentó á la vista de Matilde. La pobre jóven los contempló uno por uno, á ver si entre ellos descubria las facciones queridas de su hermano, su padre ó su amante.

Esforzábase por permanecer serena, tanto que se sentó en el risco, y medio oculta entre los picos salientes de la montaña, devoraba con indecible angustia á los soldados, fijándose en los oficiales de las tropas de la Reina y en la boina blanca de los facciosos.

De pronto exhaló un grito, que por la distancia á que se hallaba de los combatientes no pudo ser oido, y se puso la mano en el corazon, como si hubiera recibido un golpe mortal.

Acababa de reconocer á dos jefes que, separándose del grupo de tropas, emprendieron una lucha desesperada batiéndose con espada, poseidos de un furor infinito.

Aquellos dos hombres eran su hermano Herman y

César, disfrazado con el traje de faccioso, que le hacía aparecer como el Solitario.

— ¡Oh! ¡Se han encontrado por fin!... ¡Y sin reconocerse quizá, han venido á las manos!... ¡Dios mio, y se matarán!... ¡Oh! ¡Yo no quiero que corra la sangre de ninguno de los dos!... ¡Imposible, imposible!...

Diciendo esto la pobre jóven medio loca de dolor, adoptó una idea desesperada, y sin pararse á reflexionar las consecuencias la llevó á cabo. Con un valor superior á sus fuerzas recojió la escala que estaba pendiente por la parte interior del valle y la arrojó fuera, sin mirar nada, sin pensar que aquella resolución pudiera ser causa de graves males. Luego comenzó á descender con atrevido ánimo, llevada por el deseo vehemente de impedir aquel desafío, de cuyo desgraciado término pendía la desgracia de su vida.

Apenas puso el pié en tierra, se lanzó á través de las carrascas, hácia el sitio de la contienda, gritando con angustiado acento:

— ¡Deteneos!... ¡deteneos!... ¡por compasion!

---

---

## CAPITULO XXXVII.

Hernan.

Dirijamos una mirada atrás para volver á tomar el relato en el punto en que le dejamos, despues de haber dado á nuestros lectores algunos datos indispensables para que comprendan perfectamente la situacion.

El conde de Valde Real, padre de Hernan y de Matilde, se dirijió á Madrid con ánimo de pedir tropas al gobierno para perseguir al Solitario, que con tan increíble audacia le habia robado su hija, arrancándola de las mismas gradas del altar.

Amalarico, que salió con él, le dejó en el camino, pretestando un negocio urgente, y que no era otro, segun saben nuestros lectores, sino convenirse con Pedro Gil para llevar adelante la ejecucion de su infame plan, que les salió fallido por haber estado Mauricio escuchando su conversacion desde la ventana de su cuarto, cuando ellos la creian en el castillo.

El conde de Valde Real al entrar en Madrid se encontró con su hijo que acababa de llegar de Cataluña, siendo portador de algunos pliegos importantes, segun ya les tenia anunciado.

Comprendida está la súbita alegría del padre y el hijo al encontrarse, y el desconsuelo de este último al saber el atrevido rapto de su hermana llevado á cabo por el Solitario.

Su indignacion no tuvo límites, y se propuso no descansar hasta que hubiera vengado de una manera ejemplar el cruel atentado y la afrenta que habia sufrido su familia.

Al efecto dispuso marcharse hácia Toledo al frente de algunas tropas, haciéndolo igualmente su padre hácia la parte de Valde Real, de modo que ambos fueran luego á reunirse en los montes.

Esto hizo que Hernan, sin detenerse un minuto, se pusiera en persecucion del Solitario, sin aguardarse para conocer á Amalarico, ni para dar un abrazo á su madre.

A toda prisa llegó á Toledo; allí supo cómo el bizarro cabecilla despojó de su coche á un personaje muy conocido; se informó minuciosamente de este hecho y del camino que habian seguido, llevándose al cochero para que le condujera al mismo sitio donde la dama, que supuso era su hermana, se apeó para montar á caballo.

Aquel cochero conocia mucho al Solitario por haberle ido observando todo el camino; esta circunstancia obligó á Hernan á llevarle á su lado sin consentir que se apartase un momento.

El jóven capitan, irritadísimo contra el cabecilla de facciosos, juró matarle en el momento que pudiera haberle á las manos, y lo hubiera hecho indudablemente, porque sentia germinar en su pecho aquel orgullo de raza que hacia al anciano conde sacrificar á su hija antes de consentir en un enlace desigual.

Hernan era un gallardo mozo, y aunque adolecia del defecto que acabamos de indicar, tenia, sin embargo, prendas muy recomendables.

Desde su niñez se habia criado con César, fueron

nutridos con la leche de una misma nodriza, crecieron uno cerca del otro, estudiaron juntos y se amaron como dos hermanos.

Como César era tan magnánimo, tan generoso y poseía un alma tan bella, hizo que también Hernan poseyese en parte estas cualidades, pues siempre el estímulo en los niños es un medio eficacísimo para incalculables buenas ideas, y ambos rivalizaban á porfía en ser á cual más digno, á cual más estudioso y á cual más galante con las damas, caritativos con los pobres y complacientes con sus padres.

Al separarse hicieronlo con vivo sentimiento. Hernan hubiera querido que César siguiese con él la carrera militar; pero el orgulloso conde, cansado de la familiaridad que ya entre ambos reinaba, quiso cortarla y se opuso tenázmente. Sabido es que sus resoluciones eran invariables, y no tuvieron más remedio que obedecer, quedando solo y triste el pobre huérfano, sin porvenir y sin fortuna, mientras que su querido amigo, el compañero de toda su vida, marchaba al ejército, llevando ya una charretera que le fué comprada por su padre.

Apenas tuvieron ocasión de escribirse: poco después ocurrió el triste suceso que ya saben nuestros lectores; César fué arrojado del castillo, y Hernan, sin poder borrar de su corazón el afecto que le tenía, tuvo que negarle su amistad, reprobando altamente su atrevimiento y condenando con todas sus fuerzas aquellos amores que calificaba de absurdos, porque el amante solo poseía un corazón muy elevado, muy generoso; pero sin las condiciones de nobleza necesarias para enlazarse con una señorita de la más alta aristocracia.

Hernan, tan orgulloso como su padre, no podía ser indulgente con respecto á este asunto, porque no conocía la fuerza de las pasiones, nunca había amado, á pesar de sus 25 años: su corazón permanecía insensible á los

halagos del dios niño, pareciéndole casi imposible la fuerza que presta y el sacrificio que un alma enamorada hace por seguir los impulsos del ardientísimo sentimiento que la arrastra y subyuga hasta el punto de olvidar todos los deberes y todas las condiciones sociales por conseguir la realización de su dicha.

Por lo cual seguía sintiendo hácia su compañero de niñez y de juventud una animadversión profunda: esto sin imaginarse que pudiera tener con el Solitario conexión alguna. A este le perseguía con ódio, con encarnizamiento, porque atacó la honra de su familia arrebatando á su hermana del hogar paterno: le perseguía también por enemigo de su Reina, porque eran de distinto bando, militaban en opuestas filas, y aunque hubieran sido hermanos, sus opiniones eran distintas y debían odiarse, aborrecerse, esterminarse mutuamente.

Detengámonos un momento para contemplar al joven oficial. Bien merece que le consagremos unas líneas: durante el curso de esta historia no hemos tenido ocasión de presentarle en escena; por consecuencia, nuestras lectoras no le conocen, y desde luego nos agradecerán una ligera indicación de sus cualidades físicas después de conocer sus bellas prendas morales.

Hernán era la personificación de ese bello ideal que se refleja en la mente de todas las mujeres cuando tienen quince años, tipo acabado y perfecto, con que se sueña en la adolescencia y que rara vez suele encontrarse en la vida.

Era alto, de gallarda presencia, de bizarrísima postura; sus formas, admirablemente modeladas, eran vigorosas y llenas de armonía. Moreno, pero de un moreno pálido y encantador, sobre el que resaltaban con encanto infinito unos ojos negros, grandes, rasgados, que despedían miradas ardientes, llenas de sentimiento y de pasión; miradas que eran flechas, porque casi

siempre penetraban hasta lo más profundo del alma.

Cabellera espléndida, negra y sedosa como el terciopelo, y un bigote espeso y graciosísimo que resaltaba sobre el cutis moreno sombreando dos labios gruesos, signo de bondad, ligeramente rojos y una dentadura blanca como el máfil, igual y perfecta, que servía de precioso adorno á una boca de elegante corte y á un rostro espresivo, animado, franco, en el que resaltaba la espresion de un alma muy bella, muy generosa y muy bien templada.

El valor y el talento eran los signos característicos que se reflejaban en la espaciosa frente de nuestro jóven héroe, que además hallábase adornada por los laureles de la victoria conseguidos á fuerza de arrojo y bizarría en el campo del honor.

También el traje militar añadía nuevas gracias á su marcial figura, oprimiendo la ceñida levita un talle esbelto y airoso como el de una dama.

Ahora que le conocemos física y moralmente seguiremosle por las escabrosas montañas, donde se internó acompañado de sus tropas, que le seguían en silencio y con toda clase de precauciones á fin de sorprender, si les era posible, á los facciosos.

Avanzaron hasta situarse detrás de una elevada colina, en una esplanada bastante frondosa que se distinguía perfectamente desde el *Pico de las Águilas*. Allí, medio ocultos entre las carrascas, aguardaron á que se les reuniesen las tropas á cuya cabeza debía llegar el conde de Valde Real y Amalarico.

Hernán, triste y meditabundo, después de haber dado la voz de «alto», fué á sentarse debajo de una encina, donde permaneció algunos instantes abismado en sus cavilaciones. La voz de su asistente le llamó la atención.

— Mi capitán, —esclamó con viveza; —detrás de

aquellas matas he visto la boina blanca de un faccioso, y debe ser un jefe porque lleva la borla de oro; véale Vd.

—Allí está, y es el Solitario; acabo de reconocerle;— dijo el cochero acercándose con precaucion, porque el faccioso estaba en una cañada contemplando el *Pico de las Aguilas*, y no habia visto las tropas que permanecian emboscadas.

Hernan, como si hubiera sufrido un choque terrible, dió un salto, y en dos minutos se halló detrás de las matas que su asistente y el cochero le habian indicado.

En efecto, el Solitario se encontraba allí; pero solo, sin que le acompañase ni un faccioso, y sin más armas que su espada y su valor.

—¡Ríndete!— le gritó Hernan con voz de trueno, amartillando una pistola.

—¡Jamás! ¡antes la muerte!—esclamó el Solitario desenvainando la espada, y volviéndose para ver quién le daba la orden de rendicion.

Cuando los dos jóvenes se encontraron frente á frente quedaron mirándose con una especie de fascinacion magnética que les subyugaba.

César, por un movimiento instintivo, se aseguró la barba postiza: temia que su hermano de la infancia le reconociese con aquel traje, y hubiera dado la mitad de su vida por evitar semejante encuentro.

Hernan, rojo de indignacion, se quedó mirándole con una fiereza salvaje.

No le reconoció, viendo solamente en él al Solitario, al infame raptor de su inocente hermana.

---



---

## CAPITULO XXXVIII.

---

### Facciosos y cristinos.

Cuando César se separó de su padre, quiso reunirse á sus facciosos; pero carecia del pito que le servia para hacer las señales; tampoco tenia caballo, y tuvo por necesidad que recorrer el monte con precaucion, avanzando paso á paso entre los matorrales, porque de distancia en distancia descubria las tropas de la Reina, que estaban emboscadas para prenderle. En semejante apuro, se le ocurrió pensar que acaso Leon, en cuanto viese al conde, bajaria á reunirse con él y á llevarle el pito, y aun cuando no, siquiera le sería fácil tomar su caballo.

Animado por esta idea, siguió una senda que iba á parar al valle; mas llegó tarde: ya Leon habia bajado y le buscaba inútilmente por otros sitios. Se quedó contemplando el *Pico de las Aguilas*, recordando quizá con enternecimiento en que allí se albergaban sus padres, su hermana y su amada; esto le hizo olvidarse de su situacion; no vió los soldados que estaban en acecho, ni se apercibió de la presencia de Hernan hasta que le sintió gritar con voz de trueno por segunda vez:

— ¡ Ríndete, ó mueres !

—¡Morir! ¿De cuándo acá el noble hijo de Valde Real se ha convertido en asesino?—esclamó con calma el Solitario.

—Desde que hay raptos infames de inocentes niñas;—gritó con creciente enojo el jóven capitán.

—Tu hermana está tan segura y tan respetada como la Virgen en el templo.

—Pero su reputación está perdida, y es preciso, miserable, que pagues ahora mismo con la vida la mancha que has echado sobre nuestro nombre sin mancilla. ¡Ríndete, pues, ó te asesino!

Y diciendo esto, Hernán levantaba la pistola á la altura de la frente de su adversario. Este, sin arrebatare, con voz reposada y dulce, le dijo, viendo que sus tropas se habian puesto en movimiento, y que varios soldados le rodeaban:

—Estoy solo; no tengo más defensa que mi espada; tú, que te hallas bien defendido, puedes mandar que me prendan, y será una hazaña digna de un hombre de honor y de un valiente.

—¡Vive Dios, que esas palabras encierran un doble sentido; quieres llamarme cobarde, y te engañas, porque me sobra valor para prenderte yo solo! ¡Atrás todo el mundo! Defiéndete y lucharemos; te probaré cómo sé arrancarte el corazón, haciéndote prisionero, con la punta de mi espada.

—¡Corriente, sea! Pero antes escucha una palabra;—esclamó César con suplicante tono, viendo á Hernán que, poniendo en el cinto su pistola, sacó la espada y se puso en guardia.

—¡Ni una sola! ¡Defiéndete pronto, ó no respondo de mí!—esclamó con ira, haciendo un nuevo signo á sus soldados para que se retirasen, pues deseaba probar al famoso cabecilla que no necesitaba de nadie para vengar la afrenta que habia recibido.

Conociendo César que la cólera le cegaba, se calló y aceptó el combate, trabándose entre ambos una lucha fatal. Hernan dirijia terribles golpes á César; y éste, sin atacarle, se contentaba con pararlos, defendiéndose con maestria, sin atacar á su adversario, esperando sin duda la ocasion de desarmarle. En aquel momento los vió Matilde, y se dirijió hácia ellos, gritando:

— ¡Deteneos, por compasion; deteneos!

Hernan, ciego de furor, no la vió; pero César sí: con un vigoroso quite hizo saltar la espada de su adversario á veinte pasos, y luego corrió hácia Matilde, exclamando:

— ¡Por Dios, Matilde mia, ¿ qué haces ?

— ¡No quiero que os mateis!—gritó sollozando la pobre niña, sin poder contener el impulso que la arrojó en los brazos de su amante.

— ¡Calla! No me ha conocido, y no quiero sepa quién soy; déjale en su error.

— ¡Eso es imposible!

— Te lo suplico;—murmuró César en voz baja, porque ya Hernan se aproximaba.

— ¡Matilde! —gritó el jóven rojo de cólera.

— ¡Hermano mio!—repuso la niña desprendiéndose de los brazos del Solitario para correr á los de su hermano. Empero este la rechazó con fuerza, apostrofándola con las más duras palabras.

— ¡Y aún me mandas que calle! —dijo Matilde volviendo á apoyarse sobre el seno de César.

Para comprender bien la escena que vamos narrando, es preciso recordar los sentimientos de cada uno y la respectiva posicion en que se hallaban colocados.

Matilde, á los ojos de su hermano, apareció culpable en el momento de buscar apoyo en el seno del Solitario, del cabecilla de facciosos con quien acababa de batirse y por quien habia sido desarmado con una destreza sin igual.

La humillacion que el noble jóven sufrió al verse vencido, encendia su rostro, así como la más viva indignacion abrasaba su alma, viendo que su hermana amaba á un hombre indigno de su clase. Ya creyó que aquel raptó habia sido convenido entre ambos, creciendo con esta idea su ira, que le ponía trémulo y pálido como un cadáver.

Los dos amantes le miraban con dolorosa emocion y comprendiendo por su desencajado rostro cuánto sufría, se acercaron á él movidos por un mismo impulso de cariño, mas rechazándolos con un ademan imperioso fué á recojer su espada, y volviendo cerca de César, le dijo con una voz ahogada y convulsiva:

—¡Defiéndete; porque quiero tu vida ó la mia!...

—¡Jamás! Mi espada no volverá á cruzarse con la tuya;—esclamó César.

—Si no me matas me mataré yo mismo, aquí, á vuestra presencia, no tengo valor para presenciar la deshonra de mi hermana.

—¡Tu hermana es mi esposa!

—¿Y tú quién eres, miserable, para unir tu nombre aborrecido y despreciado como traidor á tu Reina, para unir ese nombre infame al de mi ilustre familia?

—Yo soy tan noble como tú; como tú soy el primogénito de un conde, y como tú soy noble y honrado. Te lo juro por el santo nombre de mi madre.

La voz de César, que procuraba alterar para que Hernan no le conociese, era solemne, grave y revestida de un acento de verdad que persuadía profundamente.

—Y siendo así, ¿por qué sirves á un partido que ha regado con la sangre de sus hijos el suelo de nuestra patria?

—Por tu hermana me alisté bajo esta bandera, por salvarla del ominoso yugo á que tus padres la condenaban uniéndola con un traidor á su patria y á su Reina.

—¡El de Guayaquil es un hombre de honor!...

—Te engañas: el que pasa por hijo del conde de Guayaquil es un espía comprado por Carlos V, y es doblemente traidor, porque vende á Isabel II cuando finje ser uno de sus más fieles servidores.

El acento de verdad y la noble actitud de César iban penetrando en el alma de Hernan, que ya le miró con menos rencor y escuchó con más indulgencia las súplicas y las protestas de su hermana que confirmaba las palabras de su amante con acalorada pasión.

Sin duda hubieran llegado á comprenderse si en aquel momento no se presentára Amalarico, Pedro Gil y el conde de Valde Real, al frente de numerosas tropas.

—¡Soy perdido! —murmuró el Solitario;—no puedo reunir á mis facciosos, y me prenderán los soldados de la Reina.

Matilde escuchó estas palabras, y oprimiendo su mano con cariño le dijo:

—¡Yo te salvaré!...—Y uniéndose á su hermano fué á arrojarle á los piés de su padre.

César con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, permaneció apoyado en una carrasca. Nada podia hacer, todo el valle estaba lleno de soldados que fueron estendiéndose, dejándole en medio sin la menor esperanza de salvacion.

Amalarico y Pedro Gil le habian conocido, y al ver á Matilde en los brazos de su padre, por la que iban á pelear y que tan fácilmente encontraron ya, su solo pensamiento fué la muerte del Solitario.

Por eso Amalarico amartillando una pistola avanzó hácia él. Hernan le detuvo diciendo:

—Ese hombre es mi prisionero; yo respondo de él.

—Es preciso que muera ahora mismo;—dijo con sorda cólera Amalarico.

—Es uno de los principales jefes del partido carlista,

y no somos nosotros los que debemos decidir su suerte: yo, que he venido al frente de estas tropas, sabré dar cuenta á mi general de este importante acontecimiento; —dijo Hernan proponiéndose defender al Solitario, pues comprendió en las miradas de tigre que Amalarico le dirijia, que debía odiarle á muerte.

—Me maravilla la calma de Vd., cuando ya debiera haber vengado la afrentosa mancha que ese hombre ha echado sobre su familia, arrebatando de las gradas mismas del altar á su inocente hermana;—gritó Amalarico con los ojos chispeantes de furor y sin separar la vista de César, temiendo que hablase y le perdiera.

El noble jóven, que se hallaba rodeado de enemigos, y careciendo de las pruebas necesarias para descubrir la horrible maldad de Pedro Gil, se vió perplejo, quedando en actitud meditabunda, cuando le sacó de su enajenamiento el eco prolongado de una corneta que llamaba á los facciosos al combate. Levantó la cabeza y distinguió á Leon en lo alto de un risco que le contemplaba con tristeza creyéndole prisionero, por lo cual se apresuró á dar la señal de alarma guiado por la esperanza de salvar á su querido amo.

Instantes despues se advertia en el valle una horrible confusion; como por encanto brotaron facciosos de entre las carrascas del monte, precipitándose sobre los soldados de la Reina con un encarnizamiento difícil de comprender entre hijos de una misma pátria.

César, como si hubiera sido herido en medio del corazon, se irguió vivamente, quiso lanzarse en medio de los suyos y dar órdenes para suspender la batalla; pero se vió por todas partes rodeado de enemigos.

Hernan, sorprendido por tan impensada acometida, tuvo precipitadamente que ponerse al frente de sus tropas, preparándose para la defensa y persecucion de los facciosos.

Matilde se desmayó en el seno de su padre; este, cogiéndola en sus brazos, la retiró debajo de unos riscos á fin de separarla del peligro que allí corria, espuesta al encuentro de las balas.

Entretanto la lucha se hizo más encarnizada, más sangrienta; ávidos uno y otro partido de esterminio y de matanza se destruían mutuamente, sin que una voz fraternal se alzase en sus corazones, sin que un solo eco de concordia y de armonía les gritase: «sois hermanos; todos sois hijos de esa misma tierra que ignominiosamente regais con vuestra sangre.»

Nada escuchaban: dejábanse llevar de su rencoroso impulso y se batían sin tregua, sin orden, sin concierto alguno; devorados por el ánsia de salir triunfantes unos y otros hacían prodigios de valor, demostrando en mil y mil rasgos la soberbia fiereza de la altiva raza española.

De entre los combatientes salieron Amalarico y Pedro Gil, y acercándose á César le arrastraron fuera del sitio de la lucha, llevándole detrás de unas corpulentas encinas que prestaban sombra á un risco, precisamente el mismo donde el conde de Valde Real pudo esconder á su hija.

Leon, que pugnaba por abrirse campo para llegar hasta su amo, vió este movimiento y comprendiendo que le amenazaba algun peligro, hizo un esfuerzo desesperado para desembarazarse de la multitud de cristinos que le asediaban, se rodeó de varios facciosos y les gritó:

— ¡Que asesinan á nuestro jefe!... ¡Vamos á salvarle!

Corrieron con precipitacion hácia el sitio en que se habian ocultado; pero la distancia era grande y debían tardar algunos minutos, siendo tambien interrumpida su marcha delante del peñasco que servia de ascenso al *Pico de las Águilas*, porque Leon vió la escala de cuerda

que Matilde dejó puesta en su precipitación por acudir á evitar el desafío de su hermano y de César.

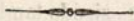
Aquella escala denunciaba el oculto sitio que les servia de refugio y se propuso recojerla, por lo cual mandando á los suyos que prosiguieran hácia las encinas á ponerse á las órdenes del Solitario, subió él precipitadamente: cuando estuvo en lo alto llamó á Flor de Romero con una señal entre ellos convenida; pero la jóven, el conde, la condesa, Mauricia y Andrea, estaban allí debajo del risco, llorando desesperados y en una situacion angustiosa, porque hacía rato estaban oyendo los tiros sin saber de qué procedian, y el horroroso estrépito del combate, sin que pudieran subir ni averiguar la suerte de su querido hijo.

Desde luego comprendieron que debian ocurrir escenas muy graves, cuando Matilde había desaparecido dejándoles encerrados en el recinto del valle, sin poder salir á campo raso porque la escala estaba en la parte de afuera.

Su inquietud era inmensa, devoradora; por eso cuando vieron á Leon le gritaron con una desesperacion infinita:

—¿Y nuestro hijo?... ¿Qué ha sido de César?

—Allá vá la escala, que suba el señor conde, vamos á salvarle;—esclamó Leon, arrojándola hácia adentro. El conde se apresuró á tomar el extremo de la cuerda, subiendo en dos minutos á reunirse con él. La condesa y Mauricia, sin dar lugar á que las recojieran, subieron detrás, encontrándose á poco los cuatro sobre la plataforma del recinto.





---

## CAPITULO XXXIX.

---

Continúa el anterior.

Mientras ocurría esta escena, César y Amalarico se apostrofaban con las mayores muestras de coraje; Pedro Gil, con traidora intencion, estaba detrás del Solitario; tenia en la mano un agudo puñal y aguardaba para asesinarle una señal de su hijo.

Ahora que hablamos del sacristan aprovecharemos la oportunidad para decir á nuestros amabilísimos lectores cómo salió del apurado caso en que le dejaron César y el conde de Guayaquil.

Quedó, como sabemos, en el castillo, atado á la cama y bramando de ira, no solo porque su víctima se le escapaba, sino porque veia descubierto su secreto por una persona estraña, comprendiendo que estaban perdidos si no se apresuraba á obrar con energía asesinando cuanto antes al conde y al Solitario.

El castillo permaneció en quietud, sin que nadie se apercibiera de la escena ocurrida en aquella apartada habitacion.

Ya cerca de amanecer se oyeron los golpes de muchas personas que llamaban á las puertas; poco despues el

ruido y la confusión hizo conocer á Pedro que el castillo estaba lleno de tropas. Efectivamente, eran el conde de Valde Real y Amalarico que llegaban á buscar al de Guayaquil, en tanto que Hernan, siguiendo otro camino, se internaba en los montes de Toledo.

El sacristan hizo vivos esfuerzos por desatar las ligaduras que le sujetaban; y no pudiendo conseguirlo se resignó á esperar, lleno de ansiedad y de la más cruel impaciencia, porque si los señores del castillo descubrieran que habia entrado allí disfrazado de sacerdote, su perdición era cierta. Por fortuna suya, el primero que entró en la alcoba fué Amalarico. Iba buscando á su padre supuesto y se encontró con el verdadero.

—Pedro, ¿qué haces aquí?—le dijo:—¿y el conde?

—Desátame pronto... pronto... antes que me vean.

—¿Quién te ha puesto así?

—¡Ellos, esos infames!... El Solitario está enterado de nuestro secreto, y se lo ha dicho al conde; ha venido aquí y se le ha llevado, libertándole como por milagro de este puñal que le hubiera clavado en el corazón.

—Y se le clavarás; no hay más remedio: ambos tienen que morir: su sentencia está dada;—dijo Amalarico, apresurándose á desatar á su padre, y ayudándole á ponerse otra vez el disfraz de sacerdote para que saliera en el mismo traje que habia entrado.

Entonces tuvieron el padre y el hijo una larga conferencia, comunicándose sus temores y sus esperanzas, y refiriéndose mutuamente los detalles de aquella trama infernal ya casi descubierta. Convinieron en marchar en seguida á los montes, á fin de que no pudiera el de Valde Real enterarse de los rumores que ya corrían en la aldea, y reuniéndose con Hernan evitar tambien que concibiese sospechas, hasta que muertos el Solitario y el de Guayaquil quedasen como únicos poseedores del título y las riquezas de este.

Así lo hicieron en efecto: salieron de la aldea, sin haber descansado, antes de que el sol dorase con sus rayos las crestas de las montañas.

Pedro desapareció, volviendo más lejos á reunirse con ellos, ya sin disfraz, finjiendo una ansiedad profunda por la suerte del conde de Guayaquil, á quien iba á buscar con solícito cuidado, despues de haber hecho creer al de Valde Real que tambien como á Matilde le habian arrebatado los facciosos para exigir por su rescate crecidas sumas, que no pudiendo satisfacer le asesinarían.

En esta disposicion llegaron á los montes; pero ya era tarde: Hernan y el Solitario se habian visto, si bien no pudo mediar entre ellos una esplicacion amistosa, porque desde lejos los vieron batiéndose. Amalarico comprendió por esto que aún no estaban de acuerdo, y se acercó sin cuidado.

Ya hemos visto que la lucha provocada por Leon se trabó con encarnizamiento, aprovechando los asesinos aquellos instantes de confusion para conseguir su objeto.

Empero no siempre un plan infame puede llevarse á cabo con seguridad. En el sitio adonde se retiraron estaba el de Valde Real con Matilde, sin que ellos le vieran, escuchando su conversacion; y no solamente este sino tambien los facciosos que Leon mandó adelantarse mientras él subía al *Pico de las Aguilas*, que llegaron á tiempo de evitar una catástrofe.

Mas no anticipemos los sucesos.

Amalarico habia dicho á César:

—Estoy sediento de beber tu sangre, porque me has robado la felicidad: ven, pues, ven detrás de aquellas encinas y nos batiremos: ¿aceptas?

—Sí;—contestó el Solitario, siguiéndole sin detenerse y sin pensar que pudiera ser víctima de una traicion alevosa.

—Sin necesidad de medir mi espada contigo puedo perderte ;—esclamó Amalarico.

—¿De qué modo? Yo sí que puedo perderte á tí, porque eres un infame , usurpador de bienes ajenos, á tí, que llevas un nombre que no te pertenece , porque no eres hijo del noble conde de Guayaquil, sino de Pedro Gil el sacristan; ¿ no es cierto?

—¿ A qué lo he de negar, si ese secreto ha de morir contigo?—dijo Amalarico, mirando á Pedro , que oculto entre una carrasca empuñaba el puñal con creciente cólera.

—; Morir!... ; Morir yo!... Puede ser que muera; pero no será sin arrancarte la máscara : tú eres un traidor , un espía infame , comprado por el partido carlista para que vendas á tu reina.

—Tampoco lo niego, y para que veas que puedo más que tú, aquí tienes una orden espresa de Carlos V , para que te sometas á mis órdenes con toda tu partida ; por eso te he dicho que puedo perderte, y sin necesidad de batiirme contigo, te hago prisionero y te mando fusilar para que de ese modo guardes un secreto que no te pertenece.

—Yo no entrego mi espada á un traidor ,—dijo César; —moriré matando , y tú serás el que primero caiga á mis piés.

—Corriente: si yo no quiero hacer uso de este derecho, quiero matarte en buena lid ;—esclamó Amalarico, guardando con mucha calma los papeles que le habia enseñado al Solitario.

El conde de Valde Real, casi sin respirar y conteniendo á Matilde que pugnaba por arrojarse á contener aquel duelo, escuchaba toda la conversacion, convenciéndose de que el hombre á quien quiso hacer su yerno era un malvado.

—Y bien, defiéndete: porque ya la ira me ciega;—esclamó César chispeando de furor sus hermosos ojos.

—Aguarda: dime antes dónde se halla el conde de Guayaquil.

—¿Y qué te importa? Quieres asesinarle como ha pretendido esta noche tu infame padre Pedro Gil? No lo conseguirás, porque se halla seguro al lado de su mujer, de su hija, y protegido por su hijo, el espósito del castillo, el pobre César, á quien arrancásteis de su cuna por usurparle su nombre arrojándole en brazos de la caridad.

—¿Tambien sabes eso? ¿Tambien sabes que César es el hijo legítimo del conde de Guayaquil?

—No ignoro nada: yo le he puesto en brazos de su padre, y estarán á estas horas desenredando la horrible trama en que le habeis envuelto.

—¿Y no me dices dónde se encuentran?

—No, mil veces no; defiéndete, porque te mato;—esclamó Cesar poniéndose en guardia, dispuesto á clavar su espada en el pecho de su adversario. Este, fingiendo que se defendia, esclamó con voz estentórea: «Hiere.» A cuya voz saliendo Pedro de entre las carrascas fué á clavar su puñal en el corazon del bizarro cabecilla.

—¡Deteneos!... ¡bárbaros!—gritó el conde con voz de trueno precipitándose con Matilde en medio de los jóvenes.

El puñal de Pedro ya se habia clavado en el pecho de César, pero á la terrible voz del conde y á los gritos de Matilde se detuvo, no pudiendo tampoco profundizar, porque á su vez le acometieron los facciosos enviados por Leon; vieron que asesinaban á su jefe y sin miramientos de ninguna clase lanzáronse sobre él.

Uno de ellos, el más osado, le dió tan fuerte golpe en la cabeza que le hizo caer desvanecido, mientras que otro le clavó un puñal en el pecho. Luego se lanzaron sobre Amalarico, maniatándole fuertemente.

Ambos heridos cayeron á un tiempo; César en brazos de Matilde y del conde, Pedro Gil sobre una carras-

ca que le recibió inclinándose á su peso y sosteniéndole en una posicion bastante incómoda.

El cuadro que se ofrecia á la vista era triste, desconsolador: un corazon menos inhumano que el de Amalarico se hubiera conmovido; mas al soberbio hijo del sacristan no se le asomaron las lágrimas como á los valientes facciosos que veian morir á su jefe.

—¡Oh! ¡se muere! ¡se muere! Corred y que venga mi hermano, que vengan todos,—gritaba Matilde con desgarrador acento viendo que César perdía el sentido mientras que de su herida brotaba sangre en abundancia.

—Es inutil, ya ha muerto,—dijo el conde de Valde Real viendo que la cabeza del jóven cayó desplomada sobre la falda de Matilde.

A esta fatal noticia los facciosos prorrumpieron en un grito, y soltando á Amalarico, se lanzaron á través de los campos esclamando con un dolor inconcebible:

—¡El Solitario ha muerto! ¡El Solitario ha muerto! Huyamos, compañeros.

Esta nueva infundió en las tropas de Cárlos V un pánico terrible; antes se batian con ardor y despues amedrentadas y trémulas fueron replegándose, defendiéndose débilmente y huyendo más bien que sosteniendo el combate.

Los soldados de la Reina cargaron con fuerza sobre las dispersas partidas, internándose por el monte en su persecucion, y dejando casi solo el sitio en que se agitaban los dos moribundos.

Amalarico, sin dignarse acudir en auxilio de su padre que le llamaba con voz angustiada, huyó con rapidez apenas se vió libre de los facciosos que le sujetaban.

En aquel momento Leon, el conde, la condesa de Guayaquil y Mauricia, llegaron al lugar de la catástrofe guiados por los lamentos de Pedro Gil y por el congojoso llanto de Matilde.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?—gritaban á un tiempo el conde y la condesa, precipitándose sobre el inanimado cuerpo de César.

—Aquí solo está el Solitario y Pedro Gil;—dijo el conde de Valde-Real.

—El Solitario es nuestro hijo, y el Solitario es César, el pobre espósito que Vd. recojió por caridad en el castillo arrojándole despues inhumanamente;—dijo la condesa arrancando del rostro del jóven la barba y la peluca que le desfiguraban.

Luego examinó la herida, detuvo la sangre con su pañuelo, y poniéndole la mano en el corazon y los lábios en la boca vió que respiraba.

—¡Vive! ¡vive!—esclamó;—¡está desmayado!

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mio, gracias!—murmuraron Mauricia y Matilde arrodillándose á su lado.

El padre de Matilde contemplaba estupefacto aquella escena, y no cesaba de repetir:

—El Solitario es César, y César el hijo del conde.

---

---

## CAPITULO XL.

---

### Muerte de Pedro Gil.

Pedro Gil, medio oculto entre la carrasca, agonizaba sin auxilio humano : las heridas que habia recibido eran mortales ; el golpe de la cabeza le dejó aturdido por el pronto ; mas luego recobró el conocimiento , abrió los ojos y vió á su hijo cerca de él , inmóvil , con la espresion de un furor infinito pintado en el semblante , sin dignarse mirarle , sin conmoverle su situacion , su peligro y sus heridas , cuando moria por él , cuando por él se habia hecho criminal , habiendo espuesto su vida por conquistarle un nombre distinguido y una posicion elevada.

Estas reflexiones que pasaron como un relámpago por la mente de Pedro Gil , no se le ocurrieron á su hijo , no se acordó siquiera de que era su padre y de que estaba moribundo.

Oyó sus lamentaciones , sus súplicas y sus gritos , sin hacerle caso . Hondamente embebido en el pensamiento que le dominaba , solo se cuidó de discurrir en los medios que emplearia para salir bien del apuro en que se encontraba.



Cuando los facciosos le soltaron, echó á correr creyendo muerto al Solitario; pero fué con la idea de buscar al conde de Guayaquil á ver si conseguia asesinarle antes de que aquel asunto se aclarase del todo.

Empero como su perdicion estaba ya decretada, mientras que marchó por un lado, el conde, la condesa y Mauricia, acompañadas de Leon, llegaron por otro; hicieron cargo del herido, comprendiendo con alegría que podia salvarse, porque el puñal de Pedro habia penetrado muy poco.

Al adquirir esta conviccion, su gozo fué inmenso; se vieron reunidos y solo pensaron en ponerle á cubierto del peligro que le amenazaba, si las tropas de la Reina volvian por aquel sitio y le encontraban vivo cuando le creyeron muerto.

Leon dijo:

—Yo le subiré en mis hombros al valle, Flor de Romero ha quedado prevenida y arrojará la escala. Vamos, vamos pronto, antes que se descubra.

Este plan fué adoptado inmediatamente; iban á ponerle en práctica cuando resonaron á su espalda los gemidos de Pedro que con debilitada voz pedia socorro.

—¿Quién hay aqui? ¿otro herido? —esclamó la condesa separando las ramas que le cubrian.

—Soy yo, señora, soy Pedro... me muero... perdóname Vd. el mal que la hice arrebatándola sus hijos por colocar al mio en el puesto de su primogénito.

—¿Eres tú, bribon? —esclamó el conde de Guayaquil.

—¿Quién te ha herido?

—Los que defendian á su hijo.

—¿Ya confiesas que César es mi hijo?

—Sí, señor, Amalarico es mio. La señora condesa es inocente; yo quise perderla acusándola y enviando á V. E. unas cartas falsas para que separados y no vién-

dola nunca mi hijo, á quien odiaba la señora condesa, pudiera vivir tranquilo.

—¿Y cómo has tenido valor para callar tanto tiempo esta horrible farsa?—preguntó el conde á la condesa.

—Porque Pedro se aseguró muy bien, arrancándome por fuerza una carta que me comprometia, y que él dictó á su antojo, y luego porque tenia á mis hijos y me amenazaba con asesinarlos el dia que declarase la verdad;—esclamó la condesa con angustiado acento.

—¡Infeliz! ¡Cuánto habrás sufrido!—murmuró el conde apretándola contra su corazon.

—Aquella carta está aquí, sobre mi corazon, tómela Vd., señora, y destrúyala.

La condesa la tomó, y entregándosela á su marido le dijo:

—Esta carta ha sido la causa de mi desventura; por ella perdí mis hijos y mi felicidad. ¿Quieres leerla?

—No, quede destruida en este momento.

El conde la rompió haciendo de ella infinidad de pedacitos, algunos tan pequeños que no se veian; luego los arrojó al alto, esparciéndolos por el monte una ráfaga de viento.

—¡Ay! ¡yo me muero!... No quiero dejar este mundo sin llevar el perdon de Vd. y de César á quien acabo de clavar mi puñal. Dios le conserve la vida.

—No te apures, todos te perdonamos ya que has confesado tu delito;—dijo la condesa.—Vamos á conducir á nuestro hijo á un paraje seguro, y luego vendremos por tí: quizá podamos salvarte todavía.

—Dios bendiga su generosidad;—murmuró el moribundo mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo me quedaré cuidándole mientras llevan á César;—dijo Mauricia.—¡Pobre Pedro!

—Hija de mi alma! ¡qué corazon tan angelical! No merezco esa bondad; he sido un infame, un malvado.

—El arrepentimiento lava todas las culpas.

—¡Oh! Sí, debo estar perdonado cuando Dios me envia un ángel para que recoja mis últimos suspiros; — decia Pedro entre sollozos, besando la mano de Mauricia.

Sus ojos iban tornándose lívidos, y el ronco estertor de su pecho anunciaba una muerte próxima.

La jóven le dejó un momento, viendo que al cojer á César para llevársele se habia vuelto á desmayar.

—No es nada, — la dijo el conde. — Reza, hija mia, reza para que Dios recoja el alma de ese infeliz.

Mauricia se arrodilló delante de Pedro. Instantes despues, cuando ya César estuvo tranquilamente acostado en la gruta del valle, el conde volvió á buscar á su hija y la encontró rezando; á su lado y de rodillas tambien estaba Hernan, que la contemplaba estático con una espresion de adoracion infinita.

—Filomena, Hernan, — exclamó el conde acercándose á ellos, — ¿qué haceis?

Hernan sin levantarse exclamó:

—Concluida la batalla, porque los facciosos huyeron como bandadas de palomas á quien persigue el gavilán, vine aquí buscando á mi padre y á mi hermana, y en su lugar encontré un moribundo y un ángel á su lado; no pude resistir á la tentacion, y me arrodillé tambien á pedir á Dios por el alma de ese desgraciado, próxima á comparecer ante el tribunal de la justicia divina.

—¡Gracias! ¡mil gracias! Muero tranquilo porque la condesa me ha perdonado; — murmuró Pedro con voz débil abriendo los ojos para fijarlos por última vez en el cielo, como pidiendo misericordia.

Casi ya no podia articular ninguna palabra; su enronquecida voz solo lanzaba un débil gemido, pero haciendo un supremo esfuerzo exclamó:

—Perdon para mi hijo; si le veis, decidle que ha sido

un ingrato para sus padres; pero le perdono, y le suplico busque á su madre y no la abandone en su vejez. Adios, yo... me... muero... Dios mio... perdon... perdon.

La voz de Pedro, estinguida completamente, dejó de resonar, sus ojos se cerraron, y estremeciéndose su cuerpo con una convulsion, dejó de existir.

Las tres personas que le rodeaban siguieron encomendando su alma á Dios llenas de cristiana y religiosa uncion.

Pasados algunos momentos el conde dijo :

—Es preciso que este cadáver vista el traje del Solitario;— y diciendo esto, le puso la barba, la peluca y la zamarra que le habian quitado para examinar la herida.

—¿Y por qué hace Vd. eso, padre mio?— preguntó Mauricia.

—El Solitario debe pasar por muerto á los ojos del mundo, y de esta manera lo consigo, ya que se ha entendido la noticia de su muerte.

—¿Y qué interés tiene Vd. en ello? ¿quiere Vd. decirme quién es ese gallardo cabecilla, que al batirse conmigo me ha desarmado conduciéndose con una generosidad sin límites? ¿Ese hombre que ha sabido conquistar el corazon de mi hermana?

A las preguntas de Hernan contestó el conde:

—Ese hombre que ha sido un cabecilla de facciosos, es mi hijo, mi primogénito, que ha vivido en el castillo de tus padres, y ha sido tu amigo y compañero hasta que la guerra os ha separado.

—¿Luego el Solitario es César?

—Sí, es el que tú has conocido por César, que en adelante será conde de Guayaquil.

—¡Oh! ¡hermano mio! ¿Dónde está? Quiero abrazarle;—esclamó Hernan.

—¡Ven y le verás! Ven, hija mia.

Como Mauricia, por efecto de la conmocion, vacilase al andar, Hernan la ofreció el brazo.

Ella le tomó, sintiendo que á su contacto se estremecia el gallardo jóven que no habia temblado jamás al frente del enemigo, ni al escuchar el ruido de las balas.

—¿Qué tiene Vd? — le dijo tímidamente.

—No lo sé... quizá se haya resuelto un problema de mi vida.

Tenia razon: él, que hasta entonces habia vivido sin conocer el amor, le sintió en su pecho al ver á Mauricia arrodillada delante del moribundo. Se le imaginó un ángel, hallando en ella la realizacion del bello ideal de sus ilusiones.

---

---

## EPÍLOGO.

### I.

Un mes ha trascurrido desde el dia fatal en qué fue herido César, llamémosle más bien Patricio de la Estrella, su verdadero nombre. Todo este tiempo permanecieron en el valle la familia de Valde Real y la de Guayaquil, hasta que le vieron fuera de cuidado y en disposicion de ponerse en camino.

Entonces marcharon todos al castillo, donde debia celebrarse el casamiento de los dos amantes, Matilde y Patricio. Así estaba convenido por los ancianos condes, que se creian muy felices al enlazar por fin sus nombres con el santo vínculo de un matrimonio.

Los recibieron en la aldea con general algazara, el castillo estaba iluminado y la capilla dispuesta para celebrar el casamiento.

El venerable párroco de Valde Real, con suma alegría enlazó á los dos jóvenes, que recibieron los plácemes y felicitaciones de todos, llenos de regocijo y de amor.

La condesa de Guayaquil, en los pocos dias que pasó al lado de su esposo y de sus hijos recobró toda la fres-

cura de la juventud ; su razon se afirmó considerablemente , y como si la felicidad hubiese sido el bálsamo que su alma necesitaba , se la vió aparecer siempre sonriendo , gozosa y placentera. Ella hizo los honores de la casa , atendió á todos los preparativos , y no se apartó de los novios hasta que fueron esposos. Estos , despues de un ligero refresco , se despidieron de sus familias y montaron en el coche que debia conducirlos á Francia , donde pensaban permanecer hasta que en España concluyese la guerra civil.

Andrea , la buena y fiel nodriza , los acompañaba : no quiso separarse de Matilde , y aunque con pena , dejó su suelo natal por trasladarse á la nebulosa márgen del Sena.

Poco despues de marchar ellos se ausentó tambien Hernan : la despedida de este fué más dolorosa , porque no se alejaba por diversion , sino como buen soldado á cumplir con su deber en el campo del honor.

Además , su corazon no iba tan sereno como habia llegado. Se enamoró de Mauricia , ella le correspondia ; pero sus padres se opusieron á este enlace , aplazándolo para cuando la guerra estuviera terminada. Obedeció , partiendo con un dolor inmenso.

Cuando quedaron solos los condes de Guayaquil con su hija Filomena , se marcharon á Madrid , pensando esclusivamente en atender á la educacion de esta , que tan descuidada habia sido , á fin de hacerla una señorita digna de ser la esposa del noble primogénito de Valde Real.

Leon , convencido por Efigenia , consintió en sacar á Flor de Romero del valle y se la llevaron á Madrid , donde se casaron al fin , quedando en la casa de mayordomos.

Casi todos los facciosos que sirvieron á las órdenes del Solitario y que consintieron en dejar las armas,

fueron espléndidamente recompensados por el conde de Guayaquil, que les envió por conducto de Leon crecidas sumas, á fin de que se retirasen de la guerra, y viviendo en sus aldeas con tranquilidad se ocupasen algunos ratos en rezar por su malogrado jefe, muerto en el campo de batalla.

Esta idea fué generalmente admitida: todos creyeron muerto al Solitario, y más cuando hallaron el cadáver de Pedro Gil con su traje; por lo que no quedó duda ninguna.

Jamás llegó á sospecharse que el hijo del conde de Guayaquil habia sido el famoso cabecilla que sembró la alarma y el terror en toda la comarca.

Amaralico fué descubierto por las tropas de la Reina y denunciado por los facciosos, que le acusaron de ser traidor á uno y otro partido.

Encontráronle las pruebas de su perfidia en varios papeles que le comprometian, y sobre todos, la orden de Carlos V para que el Solitario se le sometiese con toda su partida.

Esto le perdió, porque fué juzgado por un consejo de guerra, y le fusilaron en un pueblo de la provincia de Toledo.

Sus últimos momentos fueron bien tristes: se encontró solo, sin nombre, sin padre, sin fortuna, y caminando al cadalso con el borron de la infamia sobre su frente.

Poco antes de morir, una pobre mujer, desgredada, tuerta y medio loca de desesperacion y de dolor, se arrojó en sus brazos.

Era su madre... su pobre madre, que desde el descubrimiento de la horrible trama que por tanto tiempo sostuvieron se vió sin hogar, sin hijo y sin esposo, vagando como una mendiga de pueblo en pueblo y de monte en monte, siempre detrás de los facciosos, bus-



cando á su Amalarico y á su Pedro que no respondian á su voz.

Por fin halló á su hijo en el momento postrero de su vida, cuando las balas de los soldados iban á destrozar su pecho.

—¡Apártese Vd., madre mia! ¡Apártese Vd! —la dijo Amalarico haciendo un esfuerzo para separarla.— Voy á morir; retírese Vd. por Dios.

—¡Tú morir, hijo mio!... ¡Tú morir cuando me llamas madre, cuando me reconoces!...

Las cariñosas frases de su hijo, que arrepentido la pedia perdon redoblaron su llanto y sus gemidos. Siguióse una escena dolorosísima, teniendo necesidad los soldados de apartar de allí á la infeliz anciana, retirándola por fuerza del sitio fatal. Sin embargo, escuchó los tiros, que resonaron en su corazon como si la hubieran clavado cien puñales, y lanzando un agudísimo grito cayó en tierra sin conocimiento.

El nombre del conde de Guayaquil no sufrió nada en esta ejecucion, porque ya tuvo buen cuidado de publicar la farsa de que habia sido objeto por espacio de tantos años.

## II.

Siete años despues de los acontecimientos que hemos narrado en esta novela, la guerra civil habia concluido satisfactoriamente.

Los generales Maroto y Espartero se abrazaron en los campos de Vergara, imitándolos las tropas liberales y las facciosas, que con un júbilo inmenso dejaron de ser enemigos, para ser lo que habían sido antes de la fratricida lucha, hermanos todos, hijos de una misma patria.

Poco despues de este importante acontecimiento que decidió la suerte de la España, se celebraba en Valde Real una espléndida y suntuosa ceremonia.

No tenemos necesidad de hacer una detallada descripción de ella, pues el ama del cura, aquella charlatana Leoncia que el lector no habrá olvidado, nos vá á decir el objeto y lo más importante de la ceremonia.

Estaba como cuando la vimos al principio de la novela, en su bien provista despensa, ocupada en la confeccion y arreglo de las infinitas golosinas que habian llegado á ser para su naturaleza una necesidad imperiosa.

Llamaron á la puerta, salió á abrir y se encontró con una pobre mendiga que enferma, débil y casi moribunda, imploraba la caridad.

Leoncia la reconoció inmediatamente y exclamó con muestras de la mayor sorpresa:

—¡Calla! ¿Es Vd.?... ¿Despues de siete años vuelve otra vez á este lugar la mujer de aquel Pedro Gil tan malo y tan taimado que tuvimos de sacristan?

—¡Ay, señora Leoncia!... Yo soy: vengo medio muerta: he pasado siete años en una cueva de los montes de Toledo; allí mataron á mi hijo, allí le ví caer ensangrentado y pálido, llamándome *madre* con lastimero tono.

—Sí, ya tengo noticia de que le fusilaron por traidor.

—¡Ah, señora Leoncia! ¡Piedad para él y para mí! Estos siete años los he ocupado en rezar para que Dios le perdone y nos perdone á su padre y á mí todo el mal que hicimos á la noble familia que tanto nos habia protegido, dispensándonos su confianza y su cariño.

—¿Y cómo ha dejado Vd. esa vida de penitencia tan necesaria para la salud de su alma?

—Porque me sentia morir, y anhelaba antes de pasar por este trance fatal obtener el perdon de los señores; por eso he venido, y llamé á esta puerta implorando un

socorro, siquiera un pedazo de pan por caridad, pues agotadas mis fuerzas no me permiten llegar al castillo.

—¡Pobre mujer! Entre Vd. y tomará una taza de caldo y un trozo de gallina;—dijo Leoncia conmovida al ver el amargo llanto que brotaba de los ojos de Dorotea.

—Y dígame Vd.: ¿cómo están los señoritos, son felices?—preguntó la anciana sentada ya en la cocina y reanimándose ante la perspectiva de un comfortable refrigerio.

—¡Ya lo creo!... Sumamente dichosos. El señorito Patricio y su esposa la señorita Matilde, se marcharon á Francia hace siete años, permanecieron por allá algun tiempo, y á su regreso se establecieron en Madrid. Ahora está toda la familia reunida, han venido á celebrar el casamiento de Hernan con Filomena, que se ha llevado á efecto esta mañana.

—¡Mi Mauricia! ¡Al fin ha sido dichosa!

—¡Muy dichosa! ¿Quién diría que aquella pobre jóven que venia todos los dias á contarme sus pesares llegaría á ser la condesa de Valde Real? ¡Cosas del mundo! Tan pronto se vé á las criaturas muy bajas que rayan en la humildad, y tan pronto en la mayor opulencia.

—¿Y la condesa de Guayaquil recobró su salud?

—Por completo. ¡Está tan guapa como su hija! La felicidad rejuvenece: así ella con el amor de su esposo y de sus hijos ha recobrado todo el vigor y frescura de la juventud.

—¿Y diga Vd., señora Leoncia, cómo me recibirán? ¿Será importuno llevarles con mi presencia un recuerdo odioso, hoy que son tan felices?

—¡Quía, no señora! ¡Si son tan buenos! Vamos, yo acompañaré á Vd.; precisamente estaba buscando un pretexto para entrar en el castillo.

En efecto, el ama del cura, que deseaba curiosear lo

que pasaba en todas partes, fué la introductora de la pobre Dorotea.

Las dos familias y los dichosos jóvenes la recibieron con cariño, perdonándola de buen grado y obligándola á quedarse en la casa, donde recobrando la salud llegó á ser una de las criadas más cariñosas y más fieles.

Hoy, á pesar de haber trascurrido algunos años, todavía son felices ambas familias: suelen pasar varios meses en Madrid; pero generalmente habitan los condes de Guayaquil con Patricio y Matilde en Torre Azul, rodeados de tres ó cuatro hermosísimos niños que el Señor les ha concedido, y Hernan con Filomena en Valde Real, también disfrutando las caricias de dos graciosas niñas, que bailan y juegan en las rodillas del adusto conde y de la siempre impasible y fría condesa.

Por último, Leon es el administrador general de los condes de Guayaquil; su mujer, Flor de Romero, sigue siendo un ángel en el mundo, igualmente que lo era en el valle desierto.

Andrea es el ama de llaves, y Dorotea ha llegado á desempeñar igual cargo en el castillo, más bien como cargo honorífico, porque su ancianidad y sus achaques no la permiten trabajar.

FIN.

# INDICE.

---

|   | PÁGINAS. |
|---|----------|
| DEDICATORIA . . . . .                             | 5        |
| CAPÍTULO I.—Preliminares. . . . .                 | 7        |
| CAPÍTULO II.—Dos cotorras. . . . .                | 14       |
| CAPÍTULO III.—Mauricia . . . . .                  | 22       |
| CAPÍTULO IV.—Confidencias. . . . .                | 30       |
| CAPÍTULO V.—La faccion. . . . .                   | 39       |
| CAPÍTULO VI.—Los condes de Guayaquil. . . . .     | 47       |
| CAPÍTULO VII.—Sacrificio. . . . .                 | 54       |
| CAPÍTULO VIII.—Dolor de madre. . . . .            | 63       |
| CAPÍTULO IX.—Nuevos dolores. . . . .              | 71       |
| CAPÍTULO X.—La carta. . . . .                     | 80       |
| CAPÍTULO XI.—Dos cartas más. . . . .              | 92       |
| CAPÍTULO XII.—El padre y el hijo. . . . .         | 100      |
| CAPÍTULO XIII.—La confidencia. . . . .            | 108      |
| CAPÍTULO XIV.—Confianzas. . . . .                 | 116      |
| CAPÍTULO XV.—Informes. . . . .                    | 124      |
| CAPÍTULO XVI.—Los ramilletes. . . . .             | 132      |
| CAPÍTULO XVII.—Continuacion del anterior. . . . . | 137      |
| CAPÍTULO XVIII.—La media noche. . . . .           | 145      |
| CAPÍTULO XIX.—Amor. . . . .                       | 153      |
| CAPÍTULO XX.—Preparativos. . . . .                | 161      |
| CAPÍTULO XXI.—Esperanzas desvanecidas. . . . .    | 169      |
| CAPÍTULO XXII.—Conversacion familiar. . . . .     | 177      |
| CAPÍTULO XXIII.—Dolor profundo. . . . .           | 185      |
| CAPÍTULO XXIV.—Determinacion. . . . .             | 193      |

|  | PÁGINAS. |
|--|----------|
| CAPÍTULO XXV.—Proyectos. . . . .                   | 201      |
| CAPÍTULO XXVI.—La madre y la hija. . . . .         | 209      |
| CAPÍTULO XXVII.—Empresa temeraria. . . . .         | 217      |
| CAPÍTULO XXVIII.—Flor de Romero. . . . .           | 223      |
| CAPÍTULO XXIX.—La madre y los hijos. . . . .       | 233      |
| CAPÍTULO XXX.—Un momento de felicidad. . . . .     | 241      |
| CAPÍTULO XXXI.—Pedro Gil y su mujer. . . . .       | 249      |
| CAPÍTULO XXXII.—El tigre en acecho. . . . .        | 256      |
| CAPÍTULO XXXIII.—Salvacion. . . . .                | 263      |
| CAPÍTULO XXXIV.—Amor de hijo. . . . .              | 272      |
| CAPÍTULO XXXV.—Historia de Flor de Romero. . . . . | 281      |
| CAPÍTULO XXXVI.—Ansiedad y placer. . . . .         | 289      |
| CAPÍTULO XXXVII.—Hernan. . . . .                   | 299      |
| CAPÍTULO XXXVIII.—Facciosos y cristinos. . . . .   | 305      |
| CAPÍTULO XXXIX.—Continúa el anterior. . . . .      | 313      |
| CAPÍTULO XL.—Muerte de Pedro Gil. . . . .          | 320      |
| EPILOGO. . . . .                                   | 326      |

## PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

|   | PÁGINAS. |
|---|----------|
| Portada. . . . .  | 3        |
| Andrea y el ama del cura. . . . .   | 15       |
| ¡Oh! ¡Aborrezco á ese niño!—dijo la condesa. . . . .                                      | 65       |
| Tomando en los brazos al niño se salió en silencio. . . . .                               | 69       |
| Pedro Gil, sentado á la puerta de su casa hablaba con su mujer<br>acaloradamente. . . . . | 252      |

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Dedicada á S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Isabel II.

DIRECTORA PROPIETARIA, D.<sup>a</sup> FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

---

PROSPECTO.

---

Este periódico, el mejor y más barato de cuantos se publican en España, como lo prueba el fabuloso éxito que ha obtenido en un año que lleva de publicación, está esclusivamente consagrado á la utilidad y recreo de las señoras. Todas las clases de la sociedad hallarán ventajas positivas en las notables condiciones que le adornan. La dama del gran mundo puede ostentar en su tocador un periódico elegante, único en España que está dedicado á S. M. la Reina, y honrado con la suscripción de la Real familia; en él hallará para su recreo novelas originales, ilustradas con preciosas láminas, buenos artículos de moral, literatura, modas y poesías, y además lujosísimos figurines y otros grabados de los mejores que circulan en el vecino reino.

Las modistas, las maestras de niñas y las señoras cuya posición modesta no las permite hacer grandes dispendios, encontrarán en nuestra publicación cuantos patrones, dibujos y labores de utilidad y adorno necesiten; teniendo también en cada estación grandes láminas con modelos de los abrigos adoptados por la moda.

No hay ninguna publicación de este género que por un precio tan insignificante ofrezca las garantías y notables ventajas de LA VIOLETA. Rogamos á nuestros amables lectores tengan la bondad de fijar su atención en las siguientes:

## CONDICIONES DE SUSCRICION.

Se publica todos los domingos. Consta de 16 páginas, en 4.<sup>o</sup> prolongado, de las cuales ocho están dedicadas á publicar artículos históricos, morales, de viajes ó amenidad; reseña de modas; esplicacion de labores;

poesías y revistas de teatros: y las otras ocho á publicar sin interrupcion novelas originales, ilustradas con magnificas láminas. Estas novelas pueden encuadernarse aparte, proporcionando á nuestros suscritores la inmensa ventaja de reunir, no solo una seccion de modas, teatros, labores y figurines de París, sino una escojida Biblioteca de novelas originales é ilustradas.

Además cada mes se reparten tres ó cuatro figurines, dos grandes pliegos de patrones y dibujos, ó uno de doble tamaño, y otro grabado, siendo alternativamente para labores de aguja, crochet, cañamazo ú otros; todo de lo mejor que se ejecute en París.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

### EDICION COMPLETA.

Con novela, láminas, tres ó cuatro figurines, dos pliegos de dibujos y patrones, ó uno de tamaño doble cada mes.—*En Madrid*: un mes 8 reales.—*Provincias*: un mes, 9 reales; trimestre, 27; semestre, 52; un año, 100.—*Estranjero y Ultramar: Costas del Pacífico*, un año, 8 pesos fuertes.—*Costas del Atlántico*: un año, 7 ps. fs.—Lo mismo en América que en Europa, las suscripciones podrán hacerse por tres meses, seis ó un año.

### EDICION ECONÓMICA.

Sin pliegos de novela; solo el periódico con un figurin cada mes, y los pliegos de dibujos, patrones y láminas de crochet.—*En Madrid*: un mes, 5 reales.—*Provincias*: un mes, 6 reales; tres meses, 18; seis meses, 34; un año, 64.—*Estranjero y Ultramar: Costas del Pacífico*, un año, 6 ps. fs.—*Costas del Atlántico*: 5 ps. fs.

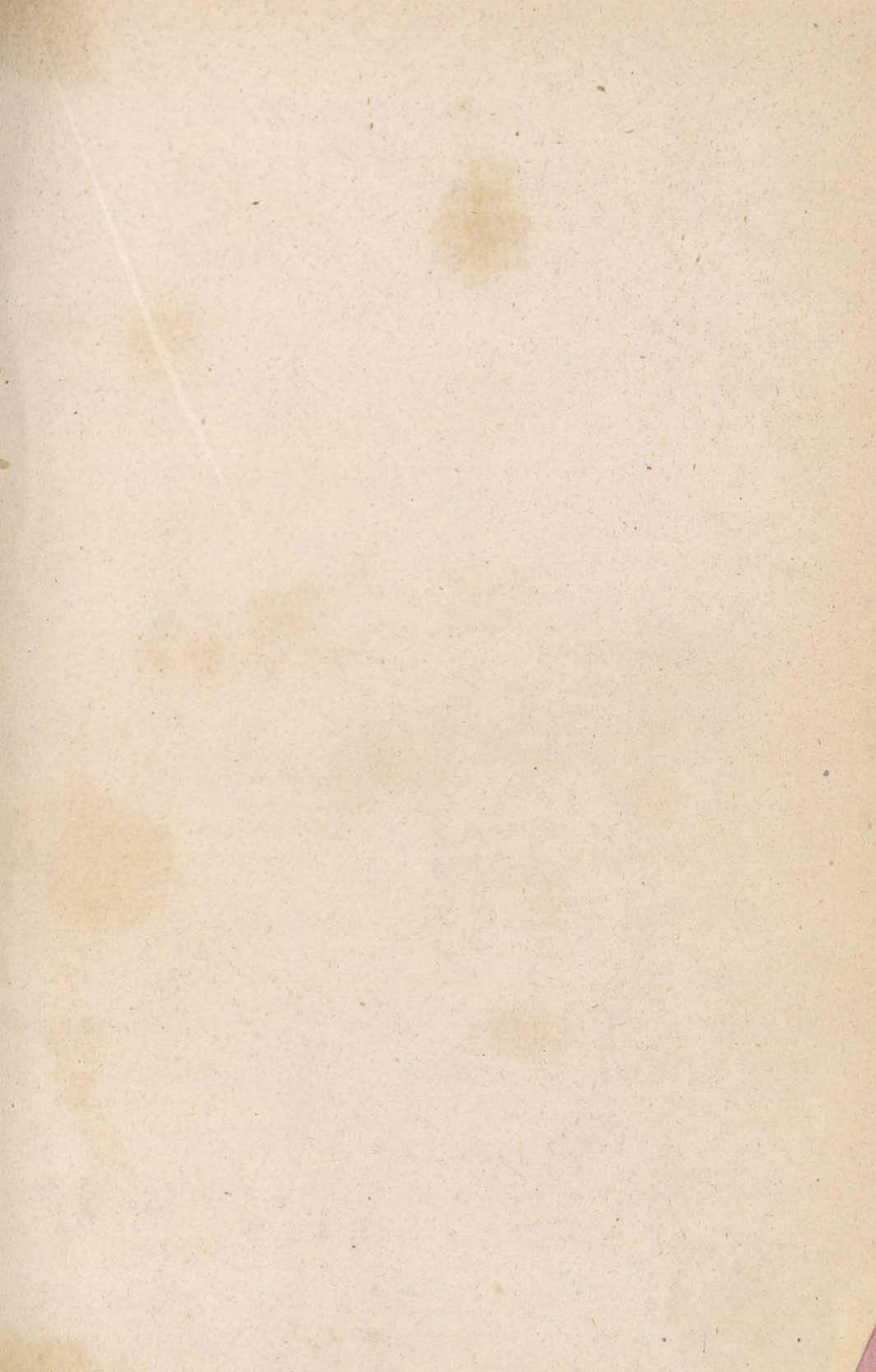
**PUNTOS DE SUSCRICION.** *Madrid*, en la administracion, Postigo de San Martin, 9, 3.º derecha; librerías de Lopez, Cármen, 29; Guijarro, Preciados, 5; Moro, Puerta del Sol; Cuesta, Carretas, 9; Moya y Plaza, Carretas, 8; Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso, 16; Duran, Carrera de San Gerónimo, 8; y en la librería Americana, Principe, 25.—*Provincias*: en las principales librerías.

### ADVERTENCIAS.

Los señores que se suscriban por un año á la edición completa recibirán de regalo LA LIRA DEL TAJO, linda coleccion de poesías dedicadas á S. M. la Reina.

Los señores nuevamente suscritos que quieran adquirir los primeros pliegos de la novela que estamos publicando, pueden remitir un sello de cuatro cuartos para cada pliego de ocho páginas y los recibirán en seguida.









H

